

**El gobierno
del cuerpo**

Ricardo Garibay



Historias que van desde lo erótico hasta la más inmediata realidad social, las de los seres que pueblan este volumen caleidoscópico están perfectamente adecuadas en forma y contenido y muestran una inusitada capacidad de estilo: desde una elaboración formal que sigue las pautas más estrictas de la literatura clásica, hasta el uso de las modernas técnicas del cine y la televisión y la muy peculiar y distintiva forma del autor para presentar el lenguaje coloquial, todos los textos interesarán y sorprenderán al lector atento.

Este libro es una recopilación hecha por el autor de sus historias escritas entre 1951 y 1976.

Índice de contenido

Cubierta

El gobierno del cuerpo

Aixa

Kaoru kai

El gobierno del cuerpo

La zapatera prodigiosa

Crema Chantilly

Hay que morir, amor mío

Restorán japonés

La guerra

Isabel es culpable

Leonora es perfecta

¡El mar de mis lágrimas inundándome!

Lolo Campa el Venadito

Jacinta

Cuentos con ingleses

Alemán tomando cerveza

Náufragos

El pesaroso comienzo de Eric Henry y su desconcertante testamento

Ira

Instantáneas de la muerte y de la espera

Mazamitla

Tráiler

La noche terrible

Matías y el ángel

El despertar

Infancia

Calle 16

El General Frijoles

El Coronel

Todo para el vencedor

La tierra prometida



AIXA

El santuario era una sola estancia. Parecía circular porque tenía más de cien lados iguales. Una puerta de entrada en cada lado, labrada con mucha riqueza y sin aldabas ni cerraduras. No había salidas. Estaba en el principio o en medio o al fin del desierto; y eran necesarios cuarenta y dos días de marcha sobre la llameante arena, para llegar hasta alguno de sus umbrales. Cuarenta y dos días de marcha a ciegas porque nadie jamás pudo trazar ninguna ruta, ni nadie la equivocó jamás. Del río de caravanas cargadas con leche de cabra y piedras preciosas, nunca nadie regresó. Las aldeas de los bordes del desierto decaían sin hombres. Las leyes impusieron pena de muerte aun al menor asomo de tentación (y labiosos los hombres depredaban y se mataban entre sí por cualquier cosa. —Bien. Siquiera los vemos morir —explicaron los ancianos legisladores), y pena de muerte para el adulto que pronunciara delante de los niños el maldito nombre de Aixa la Santa.

Desfalleciendo ya las caravanas, el santuario aparecía como una colina más en los sedeños arabescos del desierto. Llegando, el tamaño de un camello en reposo frente una de las puertas, era como el de una hormiga frente a las puertas del paraíso. A veces, llegando entraban. A veces debían esperar, y los que llegaban jóvenes. entraban hombres ya macizos, de cerrada barba, y los que llegaban macizos, entraban canos, justo a tiempo apenas para arrastrarse hasta el tálamo celeste.

En los bosques de columnas, adentro, erraban bajo el peso de los cántaros donde se petrificaban los agrios o restos de la leche de cabra. Y uno llevaba un rubí, otro dos perlas, otro una esmeralda, algunos, varios pedazos de cuarzo purísimo, había quien escondía un diamante en los pliegues de los harapos sobrevivientes de las jornadas y la espera. Dejarían los cántaros al trasponer la septuagésima séptima hilera de columnas. Echarían al piso las joyas cuando fueran llamados, cada uno por su nombre, siete columnatas antes de la eternidad, cuando ya ondulantes rayos de colores, voceríos de innumerables muchedumbres, canciones mil imprecaciones y blasfemias, cítaras, arpas y cuernos, millones de besos, tersuras de silenciosísimas caricias, inaudibles suspiros del más hondo solaz, una aurora boreal constante, el melancólico escándalo de los suicidas, la vida, toda, cuando ya la vida sempiterna de muchas generaciones de amantes saliera, viniera al encuentro de los que llegaban; música y luz tenuísimas, como nacidas en las venas de cada uno de ellos, desbocados hacia el deliquio, golpeándose en su carrera contra los plintos enormes, el canto de las esferas que dijeron los antiguos, cuanto habitaba el cuerpo de Aixa universal, su voz indescritiblemente armoniosa, grave y dulce perversísima voz venía al encuentro de los dichosos desventurados que llegaban. Desde todas las puertas avanzaban centenares. Una pura adoración, beber en los tiernos labios sapientísimos de la mujer única, dejar en ellos el alma vagabunda para siempre.

Aixa era verde y ámbar, gris, era roja y enceguedoramente amarilla, era azul y estaba untada de un color violeta y nada era tan blanco como su negro cuerpo prodigioso. Estrías estrellas se tendían en sus muslos y brazos, temblaban en sus lagrimales y en sus uñas. Plácidos lagos instantáneos espejeaban en su vientre y su espalda. En la redondez de sus hombros y rodillas se abismaba la luz. El mar la cabellera.

—¿Cómo será el tálamo? —pregunto Abu-l-Tayyib Ahamad ibn al Husayn al compañero más cercano, ya los pies desangrándosele en la espesa alfombra de piedras preciosas.

—Alá sí lo sabe. Quiero llegar vivo —gimió el otro.

Abu-l-Tayyib Ahamad ibn al Husayn, llamado Mutanabi, avanzaba envuelto en el clamor, recitando por última vez sus inmortales poemas, sentía así su renuncia más grande y dolorosa, pues era como ir regándolos, despilfarrándolos muy a sabiendas, doliéndose por los que alentaban lejanos todavía dentro de su frágil espíritu pictórico. «Yo sí, en verdad, dejo sin acabar un mundo entero. Un reguero de diamantes me sale de la boca. El canto del pájaro infernal y celeste morirá conmigo». Y esto lo confortaba. Mutanabi «el que se las da de profeta», harto de sus propias imposturas y de arrastrar su soberbia ante tronos de príncipes de tercer orden, en el pináculo del amor a sí mismo, avanzaba poseyéndose por última vez, ya gritando su amor por Aixa, la completamente desconocida, su anticipada rendición: «En pleno día parece una luna ceñida por la verde oscuridad de los huertos». Faltaban dos columnatas, qué fascinante era el estruendo de las multitudes que habitaban el cuerpo de Aixa. «Es como estar en la tempestad. Estoy en la espiral de los pájaros, todos los pájaros, los cielos y los infiernos», gritó Mutanabi. Sus piernas sangraban horriblemente. Había botado los cántaros, había ensordecido y lo cegaban soles. Tendía desesperadamente los brazos. Llegó, por fin.

Aixa lo recibió con una medida muy gentil. Lo conocía. Lo saludó por su nombre y le dijo «Mi Señor» y que lo esperaba. Le enjugó las heridas. Lo invitó a recostarse en la estera, a descansar. Le ofreció un cuenco de agua con granos de anís. Era todo el mobiliario, la estera. Mutanabi obedeció con paternal timidez, disculpándose: «Tiré los cántaros,

traigo algunos poemas, nada más». Aixa sonrió, parecía muy joven y endeble, adolescente y algo boba o tipluda. La estancia era un cuarto cualquiera de los pobreríos de la Samawa. Aixa sería una pequeña prostituta como tantas otras de allí. A la noche aparecerían sus padres y sus once hermanos a devorar las sudadas ganancias. «Me engañaron, perdí mi tiempo —pensaba Mutanabi, adormecido en la íntima frescura de la estera—. Y yo ¿dónde me hice estas heridas?». La muchacha se había sentado a sus pies y lo contemplaba humildemente. Mutanabi, jinete de hembras de veras, impar cabalgador, alcanzó a suponer que, de pronto, en aquella mirada de perro flaco, había sorprendido el fulgor fugaz de una pantera.

Lo despertó un abrazo de dulcísimo fuego, un río de llamas delicadas desde las ingles a las axilas, hasta la nuca. Sentía en los muslos la fuerza de dos o más toros a la vez. La plenitud más minuciosa embargaba sus músculos. Una inmensa y callada alegría, la alegría de ser Mutanabi. Sintió en las sienes una caricia magistral, imperceptible roce. Aixa lo tentaba, lo besaba, iba envolviéndolo, anegándolo. Se insinuaban en la lujosa penumbra resplandores de pedrerías, cada joya un amante, caravanas sin fin, veinte siglos de amor alrededor de la estancia. Como que parpadeaba en algún horizonte el rumor de muchos mundos e idiomas y júbilos y desgarros. Aixa era núbil, destrozable. Era de esplendorosa juventud. Era una anciana libidinosa. Estaba en el rotundo verano. Se perdía entre los brazos de Mutanabi omnipotente amante sin término que abría los brazos angustiosamente mínimo buscando no sucumbir a la embestida de Aixa suavísima carne colosal. Jades y mármoles. Orquestas. Procesiones de hombres que cantan. Encerronas de borrachos. Mutanabi se jugaba la eternidad; con su último resto de razón mantenía los ojos afanosamente abiertos, se asomaba, casi ya en la demencia, a los densos y dilatados territorios de la mujer que lo devoraría, de la que no saldría nunca más, adorada carne preñada de lamenta-

ciones, iras y gratitudes ya sin remedio, veinte siglos de suicidas ahí, en calcinados parajes, en sombreados parajes, en los perfectos músculos del cuello, en los lóbulos de las orejas, detrás de los párpados, entre los nervios. Cerca del corazón, al pie de una alta higuera, un muchacho ensaya desde los tiempos de Alejandro melodías para flauta. Arenales. Un barco llegando a puerto desaparece y aparece un barco llegando a puerto en pleno vientre. En la espalda un vendaval y en el vendaval un hombre que prepara los cántaros para salir hace quince siglos hacia el desierto de Aixa la Santa. Hacia los hombros de Aixa, por las rodillas, hombres sollozando en atardeceres de luz charcosa. Hombres que vieron edades idas antes de que nacieran los más antiguos. Vestiduras que vi en láminas de libros en el colegio de la Samawa. En la comba de las caderas, filósofos inmersos en un aire de profunda derrota. Van y vienen generaciones de generaciones: en el costado, en las malezas deliciosas, bordeando la rauda sangre. Tras el líquido brillo de tus labios, amada mía, se libran luchas a muerte; visires, changadores, reyes y truhanes pelean sin ley ni límite y sin poder sucumbir. Creces, amada mía, eres muchas mujeres, todas las mujeres. Tus piernas son como las desmesuradas columnas que rodean la estancia. Hacia tus cúpulas voy, desciendo. Gimes, aúllas, bramas. No me encuentras entre los pliegues de tu tálamo. Me ciegan los reverberos que fluyen de tu sudor. Mar de tu saliva, nado. Me mezo en la sonante aurora de tu cuerpo. Tú, luna de día ceñido de verdores, aquellos huertos. Tú, Aixa, mira la luz que de ti sale parda, anaranjada luz donde me voy hundiendo, ya, uno apenas, yo, uno más, yo que ya era inmortal, maldito sea tu nombre, Aixa, te dicen la Santa, maldita seas, infinitamente agradecido quedaré en el cuenco de tu mano.

Aquello como un girasol iba apagándose. Mutanabi buscaba sitio entre varios pescadores, en un figón del Asia Central, justo en lo hondo del cuenco de la mano derecha, justo cuando Aixa se alzaba, niña casi, para ofrecer la estera

a un hombre de cabellos crespos, muy negro y flaco, que en ese momento dejaba a su espalda las postreras columnas; todavía cargaba un cántaro, y, desconfiado, no había dejado donde debiera su ofrenda principal: una gota perfecta y enorme de cristal de roca.

1973

KAORU KAI

Junto tus manos y voy alzándolas hasta mi boca. Las abandonas y te curvas hacia atrás, te me alejas, y la rendija de tus ojos —arista de hielo— me mira en la penumbra como si yo fuera ya un fantasma, sólo un dolor de tu memoria.

Juntas así las besaré, ay muy pronto lejanísimas, tus manos largas y frías, unciosas. Unciosamente las abriré para mi cara, hundiré mi cara en ellas un instante como toda la vida.

No podemos desnudarnos de nuevo, ya no hay tiempo. Por eso tampoco me atrevo a acercarme a ti más de la cuenta. Además, estamos exhaustos; si volviéramos a la cama nos veríamos hasta quedarnos dormidos. Hace unas horas supimos que era para nunca más, e hicimos el amor milimétricamente, como buscando morir ahí, bárbaros y fantasiosos. Ya no hay tiempo. Se dirá que, a lo último, apenas si hallé resquicio para arrojarme sobre tus manos, sollozando.

«Se arrojó sobre sus manos, sollozando» —es buen final. Lo leí ¿dónde? Frase clásica, por supuesto, y nada falsa pues me estoy despidiendo de veras para siempre.

Pero no puedo, caramba, no la alcanzo, tendría que agacharme mucho. Tiene en las manos su bolsa, su maletín de azafata y el frasco de té. Abreviemos. Le besaré las puntas de los dedos, cerrando los ojos, reverencia casi, no podrá quejarse y procurando ¿no? porque se mueve uno bordeando el ridículo, cuidado, y más con tanta huella de

hombre genial como hay que dejarle, guardar la línea, fíjate, digo, sobre todo no pierdas el equilibrio.

Ciego beso las puntas de tus dedos una vez, dos veces. Te acompaño a la puerta. Cuánto me lastima en estos momentos oír al clown que nunca me abandona. Cuánto me duele no llorar y estar seguro de que no lo haré; aunque un ahogo, o algo como eso, no sé, me anuncia que habré de llorar, y cuánto. En la puerta me beberé tu nombre.

Como despedida diré *Kaoru Kai*, bien, sólo eso, tu nombre, como si dijera una oración: *Kaoru Kai*, cosa eterna. Buen hallazgo. Sí sí, pensaré *cosa eterna*, para darle peso suficiente a mi voz, a mis sílabas. O no, no, lo diré mejor como lo he dicho tantas veces, lamiéndolo en tus labios, nadando en el dulce brillo de tu saliva. A lo mejor también te digo esto último. Las mujeres aman la sensualidad, debo recordarlo, se ríen del ánimo religioso. ¿Quieres que una hembra no te olvide, en verdad? Úntale el nombre en la boca y sonrío con una buena dosis de cinismo. Sentirá que la posee, que te ama y que tú ya estás pensando en otra cosa; es decir, no te olvidará.

—Call me Kaoru —me has dicho—. Call me Kai. If you love me, call me Kai. If you want to tell me helio or how are you, then call me Kaoru.

—Your name is Kaoru Kai —dije, y añadí sobre su vientre, sofocándola—: *Kaoru Kai*...

Ella rió en silencio y en silencio dijo ¿*Kaoru Kai*? y se mordió los labios, como saboreando el nombre, como descubriéndose en él, luego me mordió, devolviéndomelo.

Grabaré *Kaoru Kai* con toda mi alma en tu boca.

Kaoru Kai, diré. Te volverás y alcanzarás a verme un airecillo de melancolía fugaz y desconcertante por doloroso, por vivamente doloroso, por involuntario. Lo habré improvisado medio segundo antes. Será perfecto, te lo juro. Nunca te habré parecido tan desvalido y soberano. La despedida comenzará a serte insoportable. Pensarás es el actor, el gran actor que me mira por última vez. Yo no diré más, y tendrás que sentir: qué extraordinario. Cada una de mis arrugas será magistral. Veré que me estarás mirando como si una ligera tempestad interior me azotara en lo más adentro. Mi boca se curvará tristemente. Te envidio, yo no veré nada de esto. Te compadezco, nunca he dejado de ser un hijo de perra. Ya estamos en la puerta. Cuántas cosas he pensado desde la ventana hasta acá. La gente no vive mis estafas tanto como a veces supongo; de alguna manera tienen razón en admirarme.

Kaoru Kai —digo. Nos miramos. Y diría que nuestros rostros se abren para darse uno a otro, que se precipitan uno en otro, que con delicada desesperación se devoran; desmayándose devoran líneas y sombras y brillos del rostro amado. Estamos mirándonos. Cada uno quiere ser el otro. Por un instante siento cómo tus ojos van entrando en mis ojos, y tu nariz va siendo mi nariz, y mi boca me sabe a tu boca. Oh dicha. Podrías decirme: *Kaoru Kai*, y mi voz sería tu voz diciendo que me amas. Por un instante mi rostro se aposenta en tu rostro. Nos estamos mirando. Y otra vez tú vuelves a ser tú. Me oigo gritando: es la última vez, eh, fíjate, mírala de veras, ahora sí de veras, incrustate en los ojos para siempre su cara, que nunca más puedan ver más que su cara.

Pero soy un profesional, el rey. Y decido resultar inusitado ciento por ciento; o sea, el hombre que hace estas cosas — despedirse definitivamente, por ejemplo— de oficio, vagamente, ya el afán puesto lejos; el hombre a quien le basta un parpadeo para mudar de alma.

Ahora —insisto en que podría jurarlo— está asombrándola un levísimo pliegue de desdén en mi comisura derecha. A Elda, en Florencia hace tres años, le pasó lo mismo cuando más esperaba mi desesperación, durante el minuto final, cuando ella supuso que me vería estallar en sollozos. Mi mirada se ha hecho opaca, parece lejana o fatigada, con gana de abreviar (¡vamos, este ejercicio me ha salido redondo cien veces frente al espejo! casi no tiene mérito; es la tranquila impaciencia que usé en *Tormenta en Verano*, sí, la escena donde descubro que ya no me importan los engaños de Adelaida, y la despacho: «Desde hoy mi vida será una feroz nostalgia —le digo—, pero vete ya, simplemente vete ya», le digo atento a las campanadas del reloj, las seis en punto, debe irse esta bruja, debo quedarme solo, de un momento a otro llegará Diana Leyva, la jovencita a la que después pervierto. *Tormenta* estuvo en pantalla de estreno ¿qué? treinta y dos semanas, y ese close-up me dio el contrato de *Amantes en conflicto*), sí, lejana o fatigada, no perdamos más tiempo, aquí no pasa nada, o sí, tal vez más de la cuenta; y por un momento, oquéi, concedamos, mi gesto deja adivinar una inesperada gula postrera, pornografía pura por el cuerpo de Kaoru Kai, como si ahora, a la mera hora, me trasijara un recuerdillo, eso y nada más. ¡Bravo!

Me oigo gritar ¡no la estás mirando, mírala, estúpido mírala, ella sí está ya a veinte kilómetros de distancia, mírale la pena, ya no puede sonreír, ya no quiere esconderse!